

12° Capítulo del Abad General para el CFM – 06.09.2012

Comienzo hoy a recorrer con vosotros el capítulo 7 de la Regla, el capítulo sobre la humildad. Hasta ahora hemos seguido un poco el hilo del temor de Dios, y hemos visto como éste debe determinar y animar varios oficios y trabajos de la vida comunitaria según san Benito. En el Prólogo hemos encontrado una definición del temor de Dios inspirada en el Magníficat: “Los que así proceden son los temerosos del Señor, y por eso no se inflan de soberbia por la rectitud de su comportamiento, antes bien, porque saben que no pueden realizar nada por sí mismos, sino por el Señor, engrandecen al Señor que obra en ellos, diciendo lo mismo que el profeta: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria»” (Pról. 29-30).

El temor de Dios es una actitud de glorificación de Dios que se hace realidad en nosotros en la medida en que crece la humildad, es decir, la renuncia a la glorificación de nosotros mismos. La Virgen María es el modelo de esta justa y verdadera concepción de uno mismo ante Dios, de la verdadera humildad que engrandece al Señor.

Para san Benito, el temor de Dios no es solo funcional para ser un buen abad, un buen cillerero, un buen enfermero, un buen portero. Es la condición para ser un verdadero monje y, en el fondo, para ser hombres de verdad. Y el largo capítulo sobre la humildad quiere precisamente ayudarnos a ser verdaderos en nuestro seguimiento de la vocación. La humildad es para la veracidad de nuestro ser, de nuestro corazón, de nuestro “yo”. Buscarla, convertirnos a ella, quiere decir volver a encontrar la verdad de nuestro “yo” en Cristo, como nos la hace reencontrar Cristo; la verdad de nuestro “yo” que el orgullo, de mil maneras, ha desviado y desfigurado en nosotros. Y volver a encontrar la verdad de nuestro “yo” en Cristo nos lleva a reencontrar la verdad de nuestra relación con el otro, con los demás, con Dios, con el prójimo, con todo. Y san Benito nos ayudará a entender que esta verdad es el amor, la caridad de Cristo en nosotros.

El capítulo 7 sobre la humildad es el corazón ascético y místico de la Regla, es el alma de toda la “*conversatio*” monástica que nos propone san Benito. Es el alma de la moral cristiana que quiere conducir las personas a la santidad, es decir, a aquella verdad de humanidad que refleja en nosotros la vida de Dios, de la Trinidad.

No podemos seguir con verdad y profundidad nuestra vocación sin el trabajo que pide san Benito en el capítulo sobre la humildad. Un trabajo que es un camino, un camino en escala, un camino de conversión desde lo profundo de nosotros mismos. Sin este camino, toda nuestra vida monástica es solo apariencia. Hacemos cosas y observamos observancias, pero todo se convierte en un montaje, en una especie de teatro sagrado, pero que no toca nuestro corazón y, por lo tanto, no nos cambia en profundidad, no nos hace hombres y mujeres nuevos.

¿Quién es el hombre nuevo para san Benito? Lo podemos intuir si leemos el final del capítulo 7, que merece la pena meditar antes del resto del capítulo, porque una calle es más fácil de seguir cuando se sabe dónde nos quiere llevar.

“Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de «amor a Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor»; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados.” (RB 7,67-70)

Lo primero que debemos resaltar es que el hombre nuevo formado por el camino de la humildad es un hombre en el que se manifiesta la acción de la Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y la acción de la Trinidad es siempre una acción de amor y de comunión. La caridad de Dios Padre, el amor de Cristo su Hijo, el Espíritu Santo que es amor, se manifiestan y actúan en el hombre humilde. La caridad del Padre echa fuera el temor, y nos hace vivir en la confianza en Él, y esta confianza se convierte en la fuerza interior que nos permite vivir “por amor de Cristo”, y, por lo tanto, dispuestos, con alegría y satisfacción, a todo aquello que Dios quiere que seamos y vivamos, es decir, la virtud. No nos mueve ya el miedo, sino el deseo, porque el fin de nuestro vivir no es ya el de evitar lo peor, sino de abrazar lo mejor. En la confianza filial, vivimos como el Padre “por amor de Cristo”, es decir, amando a Cristo. Y el Espíritu Santo manifiesta en nosotros su obra, nos hace obreros de su obra, que es el amor entre el Padre y el Hijo.

Esta es la gran obra de Dios en nosotros que en el temor filial de Dios nos hace engrandecer al Señor (cfr. RB Pról. 30).

San Benito nos ayuda a entender que la verdadera imagen de Dios en nosotros se realiza o, como él dice, se “manifiesta” (7,70), cuando gracias al espacio libre de nosotros mismos que hacemos a Dios en la humildad, la Trinidad puede expresar en nosotros su intercambio de amor paterno y filial, en total confianza recíproca, sin temor.

Es como si nuestra vida y nuestro corazón se convirtiesen en morada del Amor trinitario, lugar de encuentro e intercambio entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Guillermo de Saint-Thierry, uno de los padres cistercienses más profundos, escribe que “[El Espíritu Santo] El que es el Amor del Padre y del Hijo, su Unidad y Suavidad, su Bien, su Beso, su Abrazo, y todo cuanto puede ser común a uno y a otro (...) eso mismo se hace a su manera en el hombre con respecto a Dios; lo que por la unidad consustancial hace en el Padre respecto al Hijo y en el Hijo respecto al Padre” (*Carta a los Hermanos de Mont-Dieu (Carta de oro)*, § 263).

En palabras más sencillas, el Espíritu Santo nos hace vivir nuestra relación con Dios como la relación que Él tiene entre el Padre y el Hijo. Se nos da el amar a Dios como el Padre y el Hijo se aman en la comunión del Espíritu Santo.

Estas cosas nos parecen una espiritualidad abstracta, fuera de la realidad. Pero de hecho es porque vivimos fuera de la Realidad de la realidad, la Trinidad, por lo que experimentamos este sentimiento. Somos nosotros los que somos abstractos con respecto a la Realidad de Dios y no Dios el que es abstracto a nuestra realidad.

En la experiencia trinitaria que nos describe san Benito, y toda la mística cristiana y monástica, en el fondo, es como si la Realidad trinitaria de Dios entrase en nosotros y nos sustrajese de la abstracción, o distracción, en la que vivimos normalmente.

Creo que todo el camino hacia la humildad que nos propone el capítulo 7 de la Regla es precisamente un camino para convertirnos de la mentira a la verdad, del sueño de nuestro orgullo a la realidad del amor de Dios. Y la adhesión madura a la realidad que san Benito nos describe es el amor confiado, o si preferís, la fe en el amor de Dios.

Todo esto lo describía bien la lectura breve de las Vísperas de ayer, sacada de la primera Carta de Pedro: “Revestíos todos de humildad los unos para con los otros, porque Dios resiste a los soberbios, pero da la gracia a los humildes. Humillaos bajo la mano poderosa de Dios a fin de que a su tiempo os ensalce, arrojando sobre él todas vuestras preocupaciones, porque él cuida de vosotros.” (1 Pedro 5,5b-7)

San Pedro, como Benito, nos anuncia que la humildad es un abandono al cuidado bueno y providente de Dios. A menudo no nos damos cuenta de que la condición de esta confianza, de este abandonar confiadamente todas nuestras preocupaciones en el Señor, es, ante todo, la humildad, porque tener confianza quiere decir renunciar a querer salvar por nosotros mismos nuestra vida, quiere decir afirmar que Dios es siempre más grande que nosotros, más poderoso que nosotros y, sobre todo, infinitamente más bueno que nosotros.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist